



Compilación de entradas #07

Bibliotecario

Un blog de Edgardo Civallero

Bibliotecario
Compilación de entradas 07

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Bombas de papel

Al inicio de *Dunkerque*, la película de 2017 dirigida por Christopher Nolan, media docena de jóvenes soldados ingleses recorren las desoladas calles de la población francesa que da título a la película, bajo una lluvia de panfletos. Uno de ellos atrapa una de esas hojas, que resulta ser propaganda alemana. Un mapa, en rojo, muestra donde están ellos, mientras que varias flechas rodean esa posición y una frase, al pie, declara un mensaje tan simple como amenazante: "Os rodeamos".

En *Design Literacy: Understanding Graphic Design* (Nueva York: Allworth Press, 2004), Steven Heller, director artístico del *New York Times*, dedica un capítulo del libro a esas "bombas de papel", como él las llama. Recopilando información sobre su utilización, señala que al inicio de la Guerra del Golfo (1990-1991), el Comando Central de la Coalición saturó las zonas de combate con millones de panfletos que exhortaban a las tropas iraquíes a rendirse, o a sufrir las consecuencias de la tormenta de fuego que desencadenaría la fuerza aérea aliada sobre ellas.

A veces etiquetada como "propaganda aérea" (*airborne leaflet propaganda*), se trata de una modalidad de guerra psicológica en la que se tiran panfletos desde el aire sobre zonas enemigas u ocupadas por el enemigo (en general desde aviones, en ocasiones usando las llamadas *leaflet bombs*, "bombas de panfletos") para influir sobre el comportamiento de las tropas contrarias y de la población civil.

Los mensajes que aparecen en esos panfletos pueden ser largos textos, o reducirse a una sola frase, del tipo "ríndete y vive, o lucha y muere". Pero además de esa clase de misivas, que brindan al adversario la posibilidad de escapar de una carnicería avisándole con tiempo (amenazándolo con una destrucción total, conminándolo a rendirse, ofreciéndole algún tipo de salvoconducto o recompensa), hay otra categoría: una que desarrolla un juego algo más sutil. Una que mina la moral de los combatientes al diseminar contra-información o incluso información verdadera que los altos mandos quieren, a toda costa, evitar que llegue a los acuartelamientos y las trincheras. Esta última modalidad suele obtener sus mejores resultados entre soldados agotados, mucho más susceptibles que el resto a la duda, la desmoralización o la lisa y llana desesperación.

Uno de los primeros ejemplos conocidos de este tipo de acción propagandística tuvo lugar en 1870, durante la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), cuando un globo aerostático francés dejó caer panfletos sobre el ejército prusiano, que sitiaba París.

El uso de esta estrategia se perfeccionó, y fue empleado a gran escala, durante la I Guerra Mundial. Los británicos lanzaron sobre sus contrincantes alemanes paquetes con postales y cartas de prisioneros de guerra alemanes donde contaban las buenas condiciones en las que vivían, así como noticias sobre las derrotas germanas, y mensajes contra el Káiser y sus generales. Hacia el final de la contienda, se calcula que el MI7 (la sección de la Oficina de Guerra del Reino Unido que se ocupaba tanto de la propaganda como de la censura) había distribuido unos 26 millones de hojas. El mecanismo podía servir a otros fines: a partir de 1915 los ingleses pusieron en

circulación un periódico, *Le Courier de l'Air* ("El Correo del Aire"), sobre aquellas zonas de Francia y Bélgica ocupadas por Alemania.

Dado que los alemanes derribaban a los pilotos que se ocupaban de distribuir los panfletos, los británicos buscaron otras fórmulas: por ejemplo, los 48.000 globos de hidrógeno que, desde 1917 en adelante, cruzaron la *no man's land* de trinchera a trinchera.

En la II Guerra Mundial, la táctica se extendió. La primera acción con panfletos registrada durante esa contienda fue el lanzamiento de papeles sobre el puerto alemán de Kiel por parte de la Real Fuerza Aérea británica, en septiembre de 1939. Fueron los ingleses los que desarrollaron una bomba que dispersaba folletos, solución que sería mejorada con el paso del tiempo: un ejemplo fue la "bomba Monroe", inventada en 1943 por un capitán estadounidense, y construida a partir de contenedores de papel laminado reciclados, utilizados para transportar proyectiles incendiarios. Los británicos, por su parte, siguieron utilizando globos para soltar panfletos más allá de las líneas alemanas. A su vez, algunas de las célebres bombas V-1 arrojadas por los germanos en el sur de Inglaterra transportaban folletos; iban en la cola, en un tubo de cartón que era eyectado cuando el misil estaba en pleno vuelo.

Antes de desplegar los famosos super-bombarderos B-29 en el Pacífico, los estadounidenses los hicieron sobrevolar Alemania en 1944 para distribuir octavillas y, al mismo tiempo, para exhibir los aviones como una amenaza velada. También cubrieron de volantes las ciudades japonesas que estaban bombardeando en 1945: los

cómputos oficiales señalan que los B-29 tiraron allí alrededor de 60 millones de hojas entre mayo y julio de ese año.

Tras la II Guerra Mundial, el empleo de la "propaganda aérea" fue en declive, debido, sobre todo, a los avances de otros medios de comunicación. Aún así, durante la Guerra de Corea (1950-1953) se lanzaron 1000 millones de panfletos, mientras que en Iraq (2003-2011) se usaron 31 millones. También se emplearon en Vietnam (1955-1975), Afganistán (1979-1989) y, como queda dicho, en el Golfo Pérsico.

Los folletos eran impresos en papel barato y con una tipografía sencilla, cruda a veces. Lo que importaba solía ser la imagen, amenazante o desmoralizante, incluyendo cadáveres de soldados y otras atrocidades provocadas por los combates.

En la actualidad, bibliotecas, archivos y museos públicos y privados mantienen nutridas colecciones de estos materiales; algunas de ellas han sido digitalizadas y pueden consultarse a través de Internet. Durante la II Guerra Mundial, los analistas militares descubrieron (para su sorpresa) que los efectos de esa propaganda resultaron ser mayores de lo esperado. Se demostró así que en la guerra, en especial bajo condiciones severas, una hoja de papel puede ser tanto o más potente que una bala o una granada.

Cooperación. Solidaridad

"Actualmente nadie vive para sí. Todos vivimos para los demás. Cada cual desempeña una profesión que utilizan los otros; a su vez los otros trabajan en distintos oficios, cuyos productos necesitamos todos. El trabajo está muy dividido y cada cual tiene el suyo. Todos son igualmente importantes y productivos. No se podría vivir sin albañiles, sastres, mineros, agricultores, médicos, ingenieros, maestros, etc. La vida se asienta sobre esta cooperación y ayuda que nos prestamos mutuamente. Y las ciudades son grandes núcleos de trabajadores de todas clases.

En las Casas del Pueblo estos trabajadores aprenden a practicar las dos grandes virtudes sobre las que se asienta la vida: cooperación y solidaridad".

Así se cierra "Mi primer libro de historia", obra de Daniel González Linacero, "profesor de historia de la Escuela Normal de Palencia", cuya primera edición fue publicada en la propia Palencia por la imprenta y librería de Afrodasio Aguado. Corría 1933: primeros años de la Segunda República española.

El libro se inicia con una introducción que habla a las claras de la concepción de "historia" que manejaba aquel maestro castellano.

"Tenemos la pretensión, al trazar las líneas que siguen, de llenar un evidente vacío en la enseñanza de la Historia en nuestro país. Por doquiera, libros históricos amañados

con profusión de fechas, sucesos, batallas y crímenes; relatos de reinados vacíos de sentido histórico; narraciones de acontecimientos militares, todo bambolla y efectismo espectacular. Todos hemos padecido el evidente error que durante tanto tiempo ha venido haciendo de la Historia una enseñanza inútil y a veces perniciosa. Despertando en el niño el instinto de lucha y glorificando hasta la categoría de héroes a aquellos muñecos trágicos que morían desconociendo la razón de su sacrificio, el niño adquiere un sentido falso del valor moral, individual y colectivo. Nunca se cuidó el educador de borrar de la Historia toda esa balumba insoportable de necedades de príncipes y favoritos, extrayendo del evolucionar histórico aquellos sucesos de orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la Historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo y principalmente el pueblo trabajador humilde y sufrido, que solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos.

Nosotros aspiramos a variar esta enseñanza en nuestras escuelas primarias, colocando ante los ojos del niño el cambio incesante que han sufrido las cosas y las ideas, hasta llegar al estado en que hoy se encuentran. Prescindimos del aparato político. No seguimos un orden progresivo ni regresivo. Vamos directamente a las cosas y a las ideas, desmenuzando en fracciones mayores o menores el motivo de estudio, para colocarlo ante los ojos del niño con la claridad meridiana de un hecho trascendental.

No pretendemos ser originales. [Roger] Cousinet en Francia ha preconizado esta manera de hacer Historia y recogiendo la directriz de sus enseñanzas, presentamos al Maestro español un librito que representa el primer ciclo de una labor que tendrá su

continuación para los grados sucesivos de la Escuela. El texto es breve y pretende ser preciso; su complemento lo encontrarán los niños en los dibujos, simplificados y esquematizados, que ellos podrán reproducir con facilidad, compensando con el encanto de su hacer la posible aridez de la lectura. El Maestro ante este librito podrá, dando rienda suelta a su fantasía, inventar para el niño un cuento, una gracia, una narración que complete y alegre cada momento".

Linacero pagó con su vida por sus ideas: fue asesinado el 8 de agosto de 1936 por pistoleros falangistas, que lo fueron a buscar a la casa de Arévalo (Ávila) en la que vacacionaba con su familia. Tenía 33 años, esposa y tres hijas.

Con su libro —y con las ideas y valores que quedaron encerrados en él— no pudieron hacer lo mismo: hoy puede descargarse una versión en .pdf desde la Biblioteca Digital de Castilla y León.

La historia detrás del icono

Marina Ginestà i Coloma jamás había tenido un arma en la mano. Ni la volvió a tener después de aquella foto, según contó ella misma.

Marina aparece posando en pleno centro de Barcelona, con un Máuser al hombro, como una joven miliciana antifascista y revolucionaria. La imagen ha terminado convirtiéndose en una suerte de icono de la resistencia republicana durante la Guerra Civil Española, y en los últimos tiempos ha sido utilizada para ilustrar el rol de las mujeres en las luchas sociales, económicas y políticas, armadas o no, de todos los tiempos.

La foto fue artificial; un montaje, si se quiere. Pero la historia de vida de Ginestà fue real. Y esa historia, curiosamente poco conocida, es un ejemplo de lucha, de valor y de compromiso mucho más poderoso que cualquier imagen.

Marina nació en Tolosa (Occitania francesa) en 1919, en el seno de una familia obrera con una larga trayectoria de lucha revolucionaria. Era hija de dos sindicalistas y nieta de una de las pioneras del feminismo y el cooperativismo en Cataluña, Micaela Chalmeta, más conocida como Amparo Martí. En 1928 los Ginestà se trasladaron a Barcelona.

Para 1936, el año del golpe militar franquista, la joven militaba en las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC), surgidas de la fusión de las organizaciones juveniles comunistas y socialistas catalanas en abril de aquel año. Vivió en primera persona los combates que tuvieron lugar en Barcelona durante la fallida revuelta de las tropas golpistas, salidas de los cuarteles de Pedralbes el 19 de julio. Durante los enfrentamientos, en los que se armaron numerosas barricadas callejeras y participó una fuerte masa obrera, algunos de los rebeldes se atrincheraron en el Hotel Colón de la Plaza de Cataluña. Tras su rendición, las JSUC confiscaron ese edificio, que posteriormente sería la sede del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), creado el 23 de julio.

Precisamente en ese edificio fue tomada la famosa foto de Marina. La instantánea fue obra del germano-mexicano Hans Gutmann (más conocido como Juan Guzmán, 1911-1982), un militante comunista que había llegado a Barcelona para seguir de cerca y dar noticia de las Olimpiadas Populares pero que se encontró con el inicio de una guerra civil que luego cubrió casi en su totalidad. El 21 de julio de 1936, el fotógrafo pidió a la joven que lo acompañase a la terraza del hotel. Ella tenía 17 años, y posó para él con un fusil prestado, descargado.

Es una buena foto, refleja el sentimiento que teníamos en aquel momento [...] Dicen que en la foto tengo una mirada arrebatadora. Es posible, porque convivíamos con la mística de la revolución del proletariado y las imágenes de Hollywood, de Greta Garbo y Gary Cooper.

Guzmán disparó su cámara veinte veces. El pie de foto original que acompañó al negativo fue el siguiente: "Barcelona, 21 de julio de 1936. La miliciana Marina Jinesta, miembro de la juventud comunista, posa en la terraza del hotel Colón, donde se ha establecido una oficina de alistamiento de milicianos".

Durante la contienda española Ginestà nunca estuvo en el frente. A pesar de lo que se haya dicho o escrito sobre ella (sobre todo en medios propagandísticos que tenían que resaltar las figuras de sus mujeres como luchadoras), trabajó siempre en la retaguardia, como mecanógrafa y traductora. Fue, de hecho, la ayudante de Mijail Koltsov, corresponsal del periódico soviético *Pravda* y agente de Stalin en España; el secretario general del PSUC, Joan Comorera, la nombró su intérprete a principios de agosto de 1936. En la obra que Koltsov publicó sobre la guerra civil, *Diario de la guerra en España*, menciona a Ginestà como uno de los ejemplos de la emancipación de la mujer española: "Marina Ginestà, callada, atenta, con los cabellos cortados como un chico, combatiente en las barricadas de la Plaza de Colón, concienzuda mecanógrafa y traductora".

El final del conflicto la encontró en el puerto de Alicante. Fue recluida en un campo de concentración y liberada a los dos meses. Se trasladó con su pareja a un pueblo cercano a la frontera francesa y poco después trataron de cruzar los Pirineos. Su compañero murió en el intento; ella, herida, logró llegar a Montpellier. Pocos días después se reencontró con sus padres, que habían estado detenidos en los campos de concentración de Argelés-sur-Mer y Agde. Cuando Francia fue ocupada por los nazis, decidió exiliarse en México, aunque jamás llegó allí: se instaló en la República

Dominicana, donde se casó con su primer marido, Manuel Periañez, al que había conocido durante el viaje. En 1946 debió abandonar el país debido a la persecución que el dictador Rafael Trujillo desató contra los republicanos españoles. Recaló en Venezuela con sus padres; su hermano Albert estaba allí desde 1944. Toda su familia adquiriría la nacionalidad venezolana y se quedaría allí hasta su muerte. Ella, por su parte, se separó en 1949 y regresó con su hijo a Francia; en 1952, se casó con un diplomático belga, Carl Werck, con el que vivió en Bruselas y después a La Haya. Para 1954 se había desilusionado con el comunismo. Residió en Quito, Londres y Nueva Orleans, y volvió a vivir en Barcelona entre 1972 y 1976. Desde allí retornó a Bruselas, y luego a París.

Marina no supo de la famosa foto hasta 2006. La imagen había estado guardada en el archivo de Juan Guzmán sobre la guerra civil española; se desconoce si en algún momento llegó a ser publicada. En 1987 la Agencia EFE compró ese archivo a la viuda de Guzmán. En 2002 la imagen de la miliciana barcelonesa se utilizó como portada para el libro *Trece rosas rojas* del periodista Carlos López Fonseca, y fue incluida en el libro *Imágenes inéditas de la Guerra Civil*, de la propia EFE. En 2006, un documentalista de EFE, Xulio García Bilbao, logró desentrañar la identidad de la chica tras analizar el *Diario...* de Koltsov y los fondos del Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca. García Bilbao encontró a la "Marina Jinesta" de la foto en 2008, en París.

Y en París murió Marina, en enero de 2014, a los 94 años. Su fotografía, mirando a la cámara casi de reojo, no representa exactamente su historia personal –en la que se suceden derrotas y exilios– pero quizás refleja el espíritu colectivo de un momento

determinado, congelado para siempre: una Barcelona revolucionaria, unos obreros en armas, una victoria...

La juventud, las ganas de ganar, las consignas... yo me las tomaba en serio. Creía que si resistíamos ganábamos. Teníamos la sensación de que la razón estaba con nosotros y que acabaríamos ganando la guerra, nunca pensamos que acabaríamos nuestras vidas en el extranjero.



<https://www.bibliotecario.org/>